

La cajita de música

Apuntes para una discusión sobre literatura y psicoanálisis

*Hugo Achugar**

1. A propósito de la cajita de música

El individuo está en una habitación, abre la cajita de música, escucha la melodía y comienza el placer. Al principio la literatura era eso: el placer de dejarse llevar por el entretejido de palabras y sentimientos; el placer de escuchar la voz de los otros que venía cargada de belleza y sufrimiento, de arte y pensamiento. Uno leía, arrastrado por las aventuras de un héroe, emocionado con el gesto dramático y truculento de una hermosa mujer que atravesaba la noche en un carruaje tirado por caballos negros llevando en su falda la cabeza seccionada de su amante; uno leía ensimismado en el juego de imágenes con que el poeta afirma “verde que te quiero verde! verde viento, verdes ramas! el barco sobre la mar! y el caballo en la montaña”; uno escuchaba deslumbrado cómo la poeta decía que jugando a cunas y tumbas, estaba la soledad. Era el placer de la ficción, el placer de la imagen y el de la palabra.

La literatura era eso, el placer estaba allí. Pero uno quería más y más. No alcanzaba con escuchar, quería aprender, quería saber cómo se producía todo eso, quería abrir la cajita de música y estudiar el mecanismo de las ruedas, de los engranajes y de los ejes que permitían esa maravilla.

Quería saber para comprender y quería saber para, en algún agraciado día, poder llegar a construir su propia cajita musical.

Y entonces se abrió otro universo: un complejo tejido de motivaciones, concientes e inconcientes; un concierto de espejos claros, trizados, convexos, opacos o transparentes que abrían o cerraban los diálogos entre escritores y sociedades o las conversaciones entre textos e historias; un extraño diálogo de textos, una relación incestuosa de citas, una perversa parodia de situaciones, imágenes y frases; todo eso y más se ofreció como

*. Escritor, poeta. Profesor Titular de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Universidad de la República. Avda. Brasil 2446/301. CP 11.300.

explicación de los secretos de la cajita de música. Incluso con el tiempo, el mecanismo de la caja musical pareció explicarse definitivamente por la conjugación de estructuras y modelos lingüísticos. Había sin embargo, quienes insistían en acostar a la imagen, al texto y al propio autor en el diván psicoanalítico, proponían modos de leer los símbolos, de estudiar las repeticiones, de reglamentar las asociaciones, de analizar los silencios o los desplazamientos y hasta incluso de comprender los relatos como sueños.

Para entonces, el placer no era inocente. Uno sabía que la cajita de música ofrecía innumerables posibilidades y que, fuera cual fuera el mecanismo que se tocara, la caja no repetiría sus melodías. Porque aun y cuando pareciera que se trataba de la misma melodía ya escuchada, algo había ocurrido, la experiencia se volvía diferente y por lo mismo, única. Uno aprendió que además del mecanismo de la caja musical —que era independiente y exterior a uno— había otros mecanismos, mecanismos internos a uno mismo que regimentaban lo que uno podía escuchar o leer o incluso escribir. Que uno era también una caja musical regimentada, que los engranajes siempre estaban presentes, que el orden del discurso presuponía también un orden de la escucha. Que, a pesar de todo, no era siempre posible la previsión y que toda escucha o toda lectura era siempre una lectura equivocada, una mala lectura. Que existía una regla, una norma; una norma a ser cumplida y a ser transgredida, una norma a ser obedecida y a ser violada, que hacía posibles todas las cajas musicales. La cajita de música no era ya un objeto de mero disfrute, de mero placer. Se trataba de otra cosa, de un orden autoritario que exigía obediencia.

El orden, la norma, la ley, el mecanismo rígido de la cajita de música lo era todo. El placer comenzaba o terminaba en esa ley. Pero, para entonces, uno sabía que el placer no era inocente; que el placer podía consistir tanto en obedecer el camino trazado por los engranajes de la cajita de música como en violentar ese camino. Y que también podía tratarse de un orden autoritario a ser enfrentado, discutido, refutado, negado. Y sabía que la experiencia era conocida, que era una situación vieja y reiterada.

Se trataba del amo y el esclavo, del señor y el siervo, del padre y el hijo. La situación era y es conocida: el hijo desea y el padre niega. En una versión no hay discusión: el padre Zeus ha pronunciado su decisión y la historia ha terminado. Los hijos Adán y Eva violan la orden y son castigados. En otra, hijo y padre discuten, intercambian razones pero el resultado es el mismo: el padre es inflexible: el hijo no logra su deseo. En otra, padre e hijo intercambian ideas y el hijo alcanza su deseo a pesar de la negación paterna. En otra todavía, más violenta, el hijo destruye al padre, el esclavo somete al amo, el siervo derroca al señor.

La situación es conocida: unas manos tratan de construir símbolos sobre una superficie lisa y brillante. Los símbolos se resisten pero las manos son inflexibles y las imágenes se suceden, se arma la frase, crece la historia y el poema crece. La escritura es un acto autoritario. Impone una ley, crea un orden, decide una sucesión de símbolos. Si el orden no logra ser construido, triunfa el disparate. O en todo caso un orden nuevo que no siempre es reconocido como orden. La cajita de música produce otros sonidos, otras melodías y los viejos engranajes son olvidados, archivados.

La situación es conocida: el individuo se tiende en el diván o se sienta en la silla frente al terapeuta y cuenta una historia. El analista construye una interpretación, propone un orden, impone una ley, crea una sucesión de símbolos. O no.

La situación es conocida: el crítico abre el libro, comienza la lectura, construye una interpretación, impone un orden, dicta una ley, crea una sucesión de símbolos. O no y rechaza el texto, lo condena al ostracismo, al silencio, al olvido.

Artista, crítico, paciente, terapeuta construyen y son parte de las cajas musicales. ¿Cómo entender las relaciones entre una práctica científica y un saber como el psicoanálisis y la lectura crítico-literaria que a veces también se quiere científica? O en otro paisaje, ¿cómo entender las relaciones entre el artista creando una caja musical y la cajita de música que construyen paciente y terapeuta? ¿Se trata de la misma caja musical o son dos objetos, dos artefactos simbólicos, diferentes?

Artista, crítico, paciente, terapeuta ¿amo y esclavo? ¿señor y siervo? ¿La relación entre artista y crítico o entre terapeuta y paciente es la misma? ¿El psicoanálisis es el padre y la literatura el deseoso hijo? ¿La crítica literaria es el padre y la literatura el hijo deseoso? ¿Es posible intercambiar papeles, funciones, saberes, prácticas y artes?

Es posible que en lo anterior haya una serie de equívocos. Es posible también que exista la eventualidad de entender las cercanías entre prácticas vecinas. Es posible que no sean prácticas vecinas, que psicoanálisis y literatura habiten un mismo país pero no hablen la misma lengua. La pregunta que surge, sin embargo, es la de si es posible que, habitando el mismo país, las relaciones no sean de subordinación sino de coordinación.

2. Psicoanálisis y literatura.

En la introducción a *Literature and Psychoanalysis. The Question of Reading Otherwise*, Soshana Feldman sostiene que:

Aunque “y” es gramaticalmente definido como “conjunción de coordinación”, en el contexto de la relación entre ‘literatura y psicoanálisis’ es usualmente interpretada,

paradojalmente, como implicando no tanto una relación de coordinación como una de *subordinación*, una relación en la que la literatura es sometida a la autoridad, al prestigio del psicoanálisis. Mientras la literatura es considerada un cuerpo de lenguaje —a ser *interpretado*— el psicoanálisis es considerado como un cuerpo de conocimiento, cuya competencia es convocada para interpretar. Psicoanálisis en otras palabras ocupa el lugar de un sujeto, la literatura el de un objeto; la relación de amo y esclavo, de acuerdo con la definición hegeliana: el dinámico encuentro entre las dos áreas es en efecto, en los términos de Hegel, una “lucha por el reconocimiento”, cuyo resultado es el único reconocimiento del amo-de (la verdad de la) teoría psicoanalítica; la función de la literatura, como la del esclavo es servir precisamente el *deseo* de la teoría psicoanalítica, su deseo de reconocimiento; ejerciendo su autoridad y poder sobre el campo literario, ostentando un discurso de competencia señorial, el psicoanálisis en la literatura parece entonces buscar antes que nada su propia satisfacción.

La postura de Shoshana Felman presupone un escenario autoritario, una situación donde la cajita de música no surge de un diálogo amoroso, de un trabajo conjunto sino de una situación de sometimiento. En ese escenario la caja musical diseña un padre y una ley paterna. Pero también es posible que la cajita de música sea otra cosa.

La cajita de música resulta del diálogo, existe por el diálogo. No hay música posible sin alguien que escuche. Y no hay cajita de música sin creador que se trabaje en una porfía con los metales o las maderas o los engranajes de papel que le permitan construir su regla, su ley, su orden. El problema no parece estar en quien escucha o en quien produce —considerados por separado— sino en la norma interpretativa que acompaña la escucha o la lectura y que está presupuesta y posibilita la construcción misma de la música. En otras palabras, el tema o la cuestión radicaría en algo cercano a lo que Stanley Fish ha planteado con su idea de “comunidades interpretativas”.

En ese sentido, la cajita de música podría representar a la comunidad interpretativa siendo la comunidad interpretativa equivalente al orden, a la ley y a la norma de la cajita de música. Orden, ley, norma que configura la posibilidad, el horizonte posible de circulación de esa misma norma. Norma que funciona como un sistema de valores que hace posible la producción y la interpretación de sentidos y por lo mismo del diálogo.

Algo parecido ocurre o parecería poder ocurrir entre el psicoanálisis y la literatura. El psicoanálisis proyecta su orden en la literatura y entonces escucha su melodía. Aparentemente no habría escapatoria. La operación frente a la cajita de música siempre es la misma y la caja musical que construyen crítico, psicoanalista o simple lector resulta de un acuerdo fundamentado en un saber autoritario. Los lingüistas han señalado

algo cercano a esto cuando señalan la necesidad de que emisor y receptor compartan el código para que la comunicación sea posible.

Sin embargo, la pregunta pendiente, el desafío pendiente es el de pensar si psicoanálisis y literatura pueden tener o mantener una comunicación sin que ello implique que el código común, la norma o la ley sobre la que se basa la posibilidad de la cajita de música no sea simplemente la subordinación de la literatura frente al saber del psicoanálisis.

Shoshana Felman plantea una relación pensado—no pensado entre literatura y psicoanálisis: “del mismo modo que el psicoanálisis apunta al inconciente de la literatura, la *literatura, a su vez, es el inconciente del psicoanálisis*” (subrayado de S. Felman; traducción H. A.; p. 10). Una relación de coordinación y no de subordinación posible sería, quizás, aquella que propusiera la eventualidad de una interimplicación y no una práctica de aplicación.

La interimplicación de que habla Shoshana Felman apuesta en definitiva a una relectura o a “una lectura de otra manera” (“reading otherwise”) tanto del psicoanálisis como de la literatura. En esa línea de pensamiento quizás fuera interesante discutir, en una perspectiva de coordinación y no de subordinación entre la literatura y el psicoanálisis, los mecanismos del placer. Después de todo, placer, juego, ficción y simulacro son materia prima/materia primigenia tanto de la literatura como del psicoanálisis.

Vuelvo al comienzo, vuelvo al placer de la cajita de música. Al placer que implica o que surge del reconocimiento y de la participación en una norma compartida. En ese sentido, si bien existe el poder de la norma también existe el poder del goce. Dicho de otro modo, junto con la sumisión a la norma, como otra cara de la moneda, está la posibilidad del placer. El placer de escuchar, el placer de leer, el placer de escribir. El placer de la transgresión a la norma y el placer de la confirmación, de la reiteración de la norma. El placer de la lectura inocente y el de la lectura irónica; el placer de nombrar el mundo; el placer de escuchar las melodías del universo; el placer de construirla cajita de música; el placer de descubrirlos engranajes de un universo de papel; el placer de descubrir una melodía encerrada en una pequeña caja que permite soñar despierto.

Resumen

A partir de la imagen de la cajita de música el presente texto se pregunta sobre las relaciones entre psicoanálisis y literatura. La pérdida de la inocencia del placer se produce por la comprobación de que un orden autoritario rige la obra de arte, lo cual no

implica la desaparición del placer sino su modificación. Un placer que puede consistir tanto en el sometimiento como en la transgresión de la norma.

¿Cómo entender las relaciones entre una práctica científica y un saber como el psicoanálisis y la lectura crítico—literaria que a veces también se pretende científica? ¿La relación por un lado, entre artista y crítico y entre terapeuta y paciente por el otro, es la misma? ¿Es posible intercambiar papeles, funciones, saberes, prácticas y artes?

En la segunda parte se discuten las relaciones entre psicoanálisis y literatura según lo planteado por Shoshana Felman. A partir de esta discusión se propone la cajita de música como imagen de la “comunidad interpretativa” (Stanley Fish). La comunidad interpretativa es presentada como equivalente a la orden, a la ley y a la norma de la cajita de música.

El desafío pendiente es el de pensar si psicoanálisis y literatura pueden mantener una comunicación sin que ello implique que el código común —la norma sobre la que se basa la posibilidad de la cajita de música— no sea simplemente la subordinación de la literatura frente al saber del psicoanálisis. En esa línea de pensamiento se plantea discutir los mecanismos del placer. Después de todo, placer, juego ficción y simulacro son materia prima/materia primigenia tanto de la literatura como del psicoanálisis.

Summary

The image of a little musical box allows the present essay to question the relationship between literature and psychoanalysis. The loss of innocence of pleasure in the individual is produced by the realization that an authoritative order rules the work of art. This does not imply the disappearance of pleasure but its modification. A pleasure that can be experienced as much in surrender to the norm or to the rule as in transgressing it.

How to understand the relationship between a scientific practice, a knowledge as psychoanalysis and the literary criticism of a reading that at times itself aspires to be scientific? The relationship on the one hand between an artist and a literary critic and, on the other, between a psychoanalyst and his/her patient is the same? It is possible to interchange roles, functions, knowledge, practices and arts or skills?

Shoshana Felman’s ideas on the relationship between psychoanalysis and literature are discussed on the second part of this essay. As a derivation of those ideas the author of the present essay proposes the function of the little musical box’s image as equivalent to that of the “interpretative community” (Stanley Fish). The notion of “interpretative community” is presented, in this context, as an equivalent to the order, law and norm of the little musical box. The remaining challenge is to consider if psychoanalysis and

literature can establish a communication avoiding subordination. It means, avoiding the risk that the common code —the norm that allows the little musical box its chance to exist becomes to be the subordination of literature to psychoanalysis. According to this line of argumentation the discussion of the ways in which pleasure works is proposed. After all, pleasure, game, fiction and simulacrum are raw material/ primitive material to literature as much as they are to psychoanalysis.

Descriptores: LITERATURA / PSICOANALISIS